

sus discípulos olvidarian sus beneficios é instrucciones. Moises no estuvo mas que cuarenta dias en el monte, y ya los Israelitas habian olvidado los milagros que hizo para sacarlos del Egipto. ¿Dónde está este Moises? decian entre sí; busquemos dioses que nos defiendan.

Para vencer esta inconstancia del corazon humano Jesucristo nos dejó una prenda en que renueva su presencia, y quiere que con ella nos consolemos de su ausencia sensible, que con ella refresquemos la memoria de su doctrina, de sus milagros, de sus beneficios y de toda su divina persona, y que, al través de esta misteriosa señal, le veamos naciendo en Bethlem, criándose en Nazareth, conversando con los hombres, corriendo los lugares y villas de la Judea, haciendo en todas prodigios que ninguno habia hecho, escogiendo discípulos groseros para constituirlos maestros del universo entero, confundiendo la hipocresia de los Fariseos, anunciando á los hombres la vida eterna, dejando en todas partes señales de su poder y su bondad, entrando en Jerusalem con gloria, conducido con ignominia al Calvario, espirando sobre una cruz, vencedor de la muerte y del infierno, llevando consigo al cielo los que estaban cautivos, como trofeos de su victoria, y en fin formando su Iglesia con la efusion de su espíritu y la abundancia de sus dones, en una palabra, que en ella hallemos á todo Jesucristo con todos sus misterios.

San Juan Crisóstomo decia á su pueblo: Vosotros envidiais la fortuna de una muger que tocó sus

vestidos, de una pecadora que le regó los pies con sus lágrimas, de las mugeres de Galilea que tuvieron la dicha de servirle, de sus discípulos que le hablaban familiarmente, de los pueblos de aquel tiempo que oyeron las palabras de salud y gracia que salian de su boca. Vosotros llamais felices á los que le vieron, y profetas y reyes le desearon en vano; vosotros, si quereis, solo con venir al altar podeis verle, besarle, darle un ósculo santo, y regarle con vuestro llanto amoroso.

Si quereis podeis tambien poner en vuestro seno al mismo que se puso en el de la gloriosa María. Nuestros padres iban á la tierra santa para adorar las huellas de sus pies; pero no es necesario correr tierras, ni atravesar mares: la salud está cerca de nosotros, y su reino dentro de nosotros mismos; mirad este altar, abrid los ojos de la fe, y veréis, no lugares consagrados por su presencia, sino al mismo Jesucristo; acercaos en memoria suya, y que vuestro corazon se derrita en las llamas del amor, considerando que allí está presente.

Es entonces cuando la memoria de todas sus virtudes debe ser mas viva, que debe estar mas presente al corazon y al espíritu para corregir nuestras flaquezas, y esto será comulgar en su memoria. Pero venir al altar cuando no ha mudado el corazon todos sus sentimientos, y le quedan algunos de los que tenia; acercarse á esta hoguera encendida, llevando consigo restos de envidias, delicadezas y amor propio; no haberse desprendido de la sensualidad, de los deseos de agradar

al mundo , de la estimacion injusta de riquezas , vanidades y honores ; sentirse picado del mas ligero discurso ; no poder sufrir la menor señal de desprecio ; comulgar en fin sin traer la semejanza de Jesucristo con la humildad , la paciencia y todas sus demas virtudes , no seria comulgar en su memoria .

Bien sé que muchas de estas cosas , no siendo mas que imperfecciones y flaquezas , no deben siempre embarazar la comunion ; que solo el pecado mortal , que quita la vida de la gracia , debe ciertamente impedir que se acerque al altar . Así no digo que no puedan llegarse los hombres con la esperanza de que este divino pan los fortalezca , y acabe de curarlos de estos males que lloran ; pero volveré á repetiros que si no se comulga indignamente , por lo menos no se saca todo el fruto que se puede . Y ademas ¿ quién puede juzgar de las disposiciones secretas de cada corazon , sino el supremo Juez que los ve por adentro ? Lo que los hombres podemos saber es que , cuando se comulga con tantas imperfecciones y flaquezas , no se comulga como desea Jesucristo , como el pecador necesita , y como es menester para que sea en memoria de su Salvador .

Lo que podemos saber es que es peligroso comulgar en este estado , cuando las comuniones que se hacen no sirven á mejorarle ; que los apóstoles no fueron admitidos á la comunion , sino despues que el Señor les lavó los pies , aunque les habia dicho que estaban puros . ¿ Y nosotros , llenos de miserias , y casi sin deseos de mudar de vida , nos atreveremos á tocar y á comer del pan de que los ángeles no son dignos ?

¿ Qué pecador no debería esclamar : ó Dios , qué es lo que soy yo á tus divinos ojos ? ¿ cómo me miras ya , escudriñador verídico de los corazones ? Nadie puede agradarte y desagradarte á medias ; no hay medio entre la inocencia y el delito . Si no soy un justo , soy un delincuente ; si no soy vaso de honor , es preciso lo sea de ignominia ; si no soy un ángel de luz , lo soy de tinieblas ; y si no soy un templo vivo de vuestro espíritu , no puedo ser mas que un profanador . ¡ Qué motivos , señor , para excitar nuestra vigilancia y atencion sobre nosotros mismos , para examinarnos , para probarnos y sujetarnos con humildad á la direccion de un ministro prudente !

Si la obediencia nos lleva á la divina mesa , ¿ con cuánto terror , circunspeccion y humildad debemos acercarnos al altar ? ¿ con cuántas lágrimas y compuncion debemos sentir nuestra indignidad ? ¿ con qué ardor debemos pedir que supla estos defectos la bondad divina , y que este mismo pan de que nos reconocemos indignos nos ponga en estado de recibirle otra vez mejor ? Con esto comulgaremos en memoria de Jesucristo ; pero tengamos presente que para hacerlo mejor , imitando los ejemplos de su vida , debemos tambien recordar la memoria de su muerte , y anunciarla . Esta es la que he llamado fe generosa .

El apóstol nos dice que siempre que comamos y bebamos el cuerpo y la sangre de Jesucristo anunciamos su muerte . ¿ Y cómo la podremos anunciar ? Nada es mas claro , y todos los que comulgan la anun-

cian, tanto el que la profana, como el que la recibe en gracia; porque este es un misterio, y no un mérito; es la propia naturaleza del sacramento, y no privilegio del que le recibe; es un efecto necesario de su institucion, y no depende de la disposicion del que comulga. El apóstol nos advierte esto para que evitemos el abuso, y le comamos dignamente; nos esplica los misterios que incluye para hacernos ver las disposiciones que pide.

Con la comunión pues anunciamos la muerte del Señor de muchos modos. La anunciamos, porque la eucaristía fue el preludio de su pasión. En los siglos primitivos este misterio era el precursor del martirio. Desde que la persecucion empezaba, todos los fieles se fortalecian con este pan de vida, llevaban á sus casas este precioso tesoro, y con esta prenda de inmortalidad no huían de la muerte, muchos la deseaban con ardor. En las prisiones se alimentaban con él, esperando el martirio. Las castas doncellas, los jóvenes fervientes, y los ministros santos participaban en los calabozos de este sagrado pan, y en aquellos lugares, que no presentaban mas que imágenes de tormentos y suplicios, resonaban los alegres cánticos de gracias y los dulces gemidos de la esperanza. De allí salían para presentarse en los cadalsos con una santa firmeza, y derramaban en ellos ojeadas de constancia y magnanimidad que llenaban de estupor á sus tiranos; anunciaban pues la muerte del Señor, preparándose al martirio con la comunión.

Si la paz de la Iglesia no permite que la muerte

sea hoy la recompensa de la fe; si nos faltan aquellos tiranos estrangeros, ¿no tenemos otros mas crueles, porque son interiores? ¿y en vez de aquel martirio de sangre no puede haber otro de amor? ¿no puede una alma enamorada anunciar la muerte de su Dueño, suspirando por la disolucion de su cuerpo con el deseo de ir á gozarle cara á cara? ¿no puede, mirando con horror esta mansion de lágrimas y penas, este abismo terrestre de errores y pasiones, levantar el corazón, y volar con las alas de la paloma á la santa montaña á que voló su esposo? Sí, puede; y estos debieran ser los deseos del que viene al altar. Cada uno que comulga fervoroso debiera con sus suspiros apresurar el fin de su destierro, y el momento de ir á gozar de Jesucristo.

Tambien este misterio anuncia la muerte del Señor, porque Judas formó en él la última resolucion de venderle. ¿Qué debe producir en el que comulga este recuerdo, sino el ardor de reparar con su amor y respeto tantas comuniones sacrilegas que crucifican de nuevo á Jesucristo; llorar los ultrajes que se le hacen, y confundirse en su presencia de que el mas alto de sus beneficios sea ocasion de los delitos mas horribles; temblar por sí mismo; adorar su bondad, que en favor de los escogidos sufre tantos y tan indignos sacrilegios, y rogarle aparte de nosotros las calamidades que este delito acarrea á la tierra? Porque si el apóstol ya se quejaba en su tiempo de que las enfermedades populares, las muertes repentinas, y tantos otros males eran efecto de la

profanacion de este sacramento , ¿ cómo no debemos pensar que tantas guerras , desolaciones , esterilidades y demas males que nos rodean no tengan tambien el mismo origen ?

Se anuncia tambien la muerte del Señor , porque siendo la hostia el cuerpo de Jesus crucificado , el que la recibe debe estar al pie del altar como si estuviera al de la cruz ; debe estar como las mugeres y discipulos que recogieron sus últimos suspiros , y fueron testigos de la consumacion de su sacrificio. ¿ Qué debian pensar estos corazones fieles de un mundo que crucificaba á su Señor ? ¿ con qué ojos podrian ver á sus crueles verdugos ? ¿ temerian declararse discipulos de aquel que á costa de su sangre se declaraba tan de veras su Salvador ?

El que comulga pues , y no se declara sino á medias , y casi se avergüenza de la cruz de Jesucristo ; el que mezcla cierto aire ó gusto del mundo con la virtud ; el que no confiesa á Jesucristo con la frente descubierta , que no se atreve á privarse de un espectáculo en que se le olvida , de una concurrencia en que se le ofende , de un empeño en que se aventura la inocencia , de cierto género de vida que el mundo llama necesario , y no es conforme á las máximas del evangelio ; este no anuncia la muerte , este no es de los discipulos de Jesucristo ; por el contrario conserva inteligencia con sus enemigos , y quizás lo es él mismo ; porque Jesucristo ya venció al mundo , ya condenó sus máximas y errores. Anunciar su muerte es recordar su victoria , y el corazon que vive toda-

via

via con la vida del mundo , destruye el fruto de su muerte , disputa á Jesucristo el honor de su triunfo , y , en vez de anunciarla , tal vez la renueva con sus enemigos.

Por otra parte este misterio es la consumacion del sacrificio de la cruz , porque nos aplica su fruto ; y nada puede darnos en la comunion derecho al fruto de la cruz , sino los ejercicios de la misma cruz , los sufrimientos , las mortificaciones , y una vida penitente y austera. ¿ Cómo pues el que vive en las delicias puede atreverse á anunciar la muerte del Señor ? ¿ cómo el que lisonjea y acaricia un cuerpo relajado con los halagos y placeres puede tambien alimentarle con una carne crucificada ? ¿ quién se atreverá á incorporar un cuerpo moribundo y coronado de espinas con miembros delicados y sensuales ?

Esta mezcla fuera monstruosa. El cuerpo de Jesus está crucificado , sus miembros todos padecen. Si el que comulga no ha mortificado su cuerpo ; si no ha hecho violencia á sus sentidos y deseos ; si ha pasado su vida en una voluptuosa indolencia ; si las aflicciones le impacientan ; si lo que contradice su humor le exaspera ; si no se ha impuesto obras de mortificacion , ó si no recibe bien las que Dios le envia , jamas podrá unir su carne con la de Jesucristo ; y ved aquí porque una vida afeminada y divertida es un mal anuncio para la comunion.

En fin se anuncia la muerte del Señor en este misterio , porque el Señor está en él como en una especie de muerte ; tiene boca y no habla , ojos y no

se sirve de ellos, pies y no anda. Este es el modelo y el modo con que se anuncia su muerte cuando se recibe su cuerpo. Es menester llevar unos ojos acostumbrados á no ver la tierra, una lengua instruida á callar, ó no hablar mas que de Dios, unos pies y manos inmóviles para las obras de pecado, los sentidos apagados, miembros mortificados, en una palabra una como muerte universal de todo el cuerpo.

El estado que tiene Jesucristo en la eucaristía es el que debe tener el cristiano en la tierra, estado de retiro, de silencio, de paciencia y humillacion. ¿Cómo está Jesucristo en la eucaristía? Está en el mundo como si no estuviera, está enmedio de los hombres, pero invisible; ve sus vanos discursos, sus esperanzas frívolas, sin tomar parte alguna; ve sus solicitudes y agitaciones, y los deja obrar. Se le tributan honores divinos, se le ultraja, y siempre es el mismo; parece tan insensible á los insultos como á los respetos. Ve que se renuevan los siglos, las familias y los imperios; que las costumbres se mudan, que el gusto de los hombres y de los tiempos varia, que los usos pasan y se renuevan, que el mundo instable está en revoluciones continuas, que las heregias prevalecen, que su heredad se divide, que las guerras, sediciones y otros muchos movimientos con sacudidas violentas trastornan el universo entero, y él permanece tranquilo entre tantas ruinas; nada puede sacarle de la íntima inefable atencion con que se uné á su Padre; nada turba el divino reposo con

que siempre vivo en su santuario, está intercediendo por los hombres.

Ve aquí el dechado de los que van á recibirle. Han de llevar á la sagrada mesa ojos, en cuanto sea dable, cerrados á todo lo que puede lastimar el alma, lengua contenida con una guarda de circunspeccion y de pudor, oídos castos que no escuchen los silvos de las serpientes, ni los dulces sonidos del deleyte, que corrompen el corazon; una alma tan insensible al desprecio como al elogio, independiente de los sucesos de la tierra, igual en la buena y mala fortuna, que vea con indiferencia todo lo que pasa, que solo esté atenta á su objeto, que es la eternidad; que no pierda de vista á su Dios, y que tenga su conversacion en el cielo.

No digo que se deba escluir del altar al que no haya llegado á este estado de muerte, pues este debe ser el afan de toda la vida, y la misma carne de Jesucristo nos debe ayudar en esta empresa; pero digo que, para acercarse dignamente, es menester aspirar á ella, luchar con sus sentidos, batallar contra sus flaquezas, ganando alguna cosa cada dia; es menester espiar con el retiro, el silencio, la oracion, el llanto y las maceraciones, las continuas victorias que ganan sobre nosotros las impresiones del mundo, y levantarse con ventaja de sus caidas.

Quiero daros á entender que este sacramento mas ha de ser el fruto que la señal de la penitencia; que para poder sustentarse con la carne de Jesucristo es preciso vivir ya con su espíritu; que la plenitud del

Espíritu Santo ha de venir á morar en su alma para que el divino Verbo pueda vivir como de asiento en ella; que la lectura de los libros santos, y los rigores saludables de la penitencia deben preparar en el corazón la habitacion de Jesucristo, á fin de que sea el arca santa en que este maná se deposite en medio de las tablas de la ley y de la vara de Aaron.

Quiero haceros comprender que nada debe hacer temblar tanto al que ha vivido en los peligros del siglo, y que debe volver á ellos, como comulgar sin haberse probado y preparado con el arrepentimiento, las lágrimas, el retiro y la confesion; que Jesucristo puede ser ultrajado en su santuario como en las asambleas de los pecadores; en una palabra, que, para presentarse con decencia en la mesa del esposo, es menester que la esposa vaya vestida de la ropa nupcial, de una fe respetuosa que la discierna, de una fe prudente con que se pruebe, de una fe viva que ame, y de una fe generosa con que se sacrifique. El que no va con estos arreos deshonra en cierto modo la dignidad del esposo en el sagrado convite de su amor.

El Centurion tenia una fe tan ilustrada como viva, era tan rico en buenas obras, que hacia erigir edificios públicos en honor de Dios, y con todo no se cree digno de recibirle en su casa. María la mas perfecta de las criaturas se asombra cuando un ángel la anuncia que el Verbo iba á bajar á su seno, se confunde, se turba y se humilla. ¿Y qué somos nosotros para sentarnos á su mesa con tan poca precaucion?

¿Cómo se atreve á presentar el que no puede ofrecer mas que las obras de un corazón que el mundo ha pervertido largo tiempo; que no sabe si ha podido arrancárselo por entero, ó si aun le queda algun afecto secreto y delincuente á las criaturas? ¿el que, aunque arrepentido, tiene á la vista obras consumadas de pecado que acaba de cometer, y que quizás no puede presentar mas que débiles esfuerzos de salud, deseos que pueden malograrse, intenciones que pueden pervertirse?...

Al oír estas palabras mi corazón, que despues de largo tiempo estaba comprimido, no pudo mas, y sin que yo pudiera detenerle prorumpió en un torrente de lágrimas. Los sollozos y los aláridos salieron atropellándose involuntariamente de mi pecho. Yo queria hablar, y no podia; el llanto me anegaba, y los suspiros me interceptaban las palabras. Yo sentia mi indignidad, corrido, avergonzado, y reconociéndome en el retrato, hubiera querido esconderme á los ojos de la tierra y á las luces del cielo. No podia articular, y echándome á sus pies, apenas pude decirle con labio balbuciente: *Si, yo soy indigno*. El padre me recogió en sus brazos, se eterneció de verme en aquel estado, sus ojos se llenaron tambien de lágrimas, y haciéndome sentar otra vez, se esforzó á darme consuelo con discursos de dulzura y de paz; y cuando me vió un poco sosegado me dijo:

No os aflijais, señor; nada de lo que he dicho debe contristaros. Es claro que el hombre no puede prepararse demasiado para este tan alto sacramento,

que la intencion de la Iglesia es que las pruebas y la penitencia le precedan , y por eso ha dispuesto que la comunion pascual no se diera sino despues de los cuarenta dias de Cuaresma , mostrándonos que los grandes pecadores necesitan de algun tiempo de prueba y mortificacion para llorar sus pecados , para purificarse con la oracion y los ayunos , y prepararse con esto á la participacion de los santos misterios. Nos quiere hacer ver que conviene ponerse algun intervalo de penitencia entre los desórdenes y la mesa del Señor ; pues pasar del delito al altar seria , dice San Bernardo , consumir la iniquidad en vez de venir á lavarse con las aguas de la gracia.

Pero , señor , estas máximas , que son generales , tienen sus excepciones , y la prudencia debe moderarlas. Cuando la compuncion es viva , cuando las lágrimas de la contricion son abundantes , cuando se ven señales de una conversion sincera , eficaz y completa , la Iglesia misma aconseja que se abrevie el tiempo de las pruebas , y que se consuele el dolor del penitente con el uso de este pan celestial. La gracia suele obrar estos afectos , y hay penitentes tan arrepentidos y penetrados de dolor , que apenas dicen al padre de familias : Pequé contra el cielo y contra vos , cuando se les puede sentar á su mesa , y restablecerlos en todos los derechos que habian perdido.

Por otra parte una alma , aunque sinceramente convertida , aunque muy resuelta á servir á Dios abandonando sus pasiones , no puede estar segura de

resistir á los peligros , si se considera la inconstancia humana ; y es menester sostenerla , y fijar su voluntad con la gracia de los santos misterios. Si quedara mucho tiempo sin este socorro , lejos de purificarse con la penitencia , podría debilitarse por su ligereza. Las leyes de la Iglesia están llenas de condescendencia , de caridad y de cordura ; no tienen otro objeto que la salvacion de los pecadores , y todo lo que conduce á este fin es lo que se conforma mas con sus intenciones. Así conviene muchas veces dispensar de sus reglas para entrar mejor en sus ideas , y ser débil con los débiles para salvarlos á todos.

Vuestras lágrimas , señor , me persuaden de la grandeza de vuestra compuncion ; y si , como creo , un deseo ardiente y sincero de recibir á Jesucristo es lo que os impele á venir á su altar , la vivacidad del amor será acreedora á la mayor prontitud. Vamos pues ; preparaos , y yo soy el que os conducirá. ¡ Teodoro ! cuando el padre me habló así , cuando le oí que yo podia recibir al Señor , no sé que terror religioso se apoderó de mí. Yo me sentí erizar los cabellos , un frio general me corrió por todos los miembros , y el corazon me batia con violentos latidos.

Pero , habiendo reconocido por sus discursos cuan indigno era de tan excelso don , y que su prudencia no me le concedia , sino por atemperarse á mi flaqueza , le respondí , que , penetrado de mi indignidad , yo me sometia á todas las pruebas y á todo el tiempo que quisiera imponerme ; que yo deseaba ser menos

indigno, y que él podía dictarme todas las leyes que quisiera. El padre me respondió que no era menester detenernos mas, que Dios por su misericordia daría á mi alma las mejores disposiciones; pero yo que volvía los ojos sobre mi vida pasada, el poco tiempo que había pasado despues de mi conversion, lo reciente de mis delitos, y la falta de mi penitencia, me llenaba de terror con la idea de llegar en este estado á recibir á mi Dios. Así volví á repetir que yo esperaria todo el tiempo que quisiera; y aunque el padre me volvió á replicar que no, yo no me atreví á consentir. Este debate duró algun tiempo, y hasta que el padre me dijo:

Vuestra resistencia es buena, pues procede de vuestra humildad; pero vuestra obstinacion no fuera cristiana. Vos no debeis juzgaros á vos mismo; vos me habeis escogido por vuestro juez, y soy yo quien os debo juzgar. Tambien sabeis que estoy para con vos en lugar de Jesucristo, que os hablo en su nombre, y que me debeis obedecer. Tomemos pues un temperamento que deje algun ensanche á vuestra humildad, al deseo que teneis de prepararos bien, y que no dilate demasiado el fruto que podeis sacar del don divino. Hoy es lúnes, destinemos el domingo dia de la resurreccion del Señor, para perfeccionar la vuestra. Aun nos quedan seis dias; ocupémoslos todos en prepararnos lo mejor que podamos. Jamas será como debemos, pero fiémonos en la bondad divina. Ya es tarde, y es tiempo de que me retire; mañana continuaremos esta materia.

Yo respondí que estaba pronto á obedecerle en todo, y que le rogaba me ayudase con sus oraciones y consejos, porque yo me sentia tan indigno de este excelso favor, como incapaz de disponerme solo. Él me lo prometió, y se fué. Yo, Teodoro, quedé desasosegado, pareciéndome que el padre me había señalado un término muy corto, y acusándome de que el terror se apoderase de mí mas que la confianza. Mi noche no fue ni tan dulce ni tan serena como la anterior; pero en mi primera carta verás lo que me pasó en el siguiente dia. A Dios, amigo.